



Seix Barral

BIBLIOTECA

VICENTE LEÑERO

HISTORIAS DEL 68



Nota del editor

Puesto que *Historias del 68* se escribió originalmente para ser filmada, en su redacción se emplearon todas las convenciones formales del guion —género del que Vicente Leñero era un maestro—. En esta edición decidimos dar fluidez a la lectura eliminando algunos tecnicismos innecesarios fuera de un proceso de producción audiovisual. En todo lo demás se respetó al máximo la prosa y el estilo de su autor, incluyendo el formato estándar usado en la escritura de un libro cinematográfico.

Contenido

Nota del editor

1. Pase interceptado
2. Camión en llamas
3. Hoyo catorce
4. Dolor de muelas
5. A media asta
6. Día franco
7. La mano tendida
8. Una de dos
9. La barda
10. Dos caras
11. Colt 45
12. Jóvenes fascistas
13. Pozole
14. Telefonazo
15. Zócalo bravo
16. Desagravio
17. Un soldado en cada hijo
18. Pueblo de México
19. Infiltración
20. Cambio de tercio
21. Ganar la calle
22. El grito
23. Manazo

24. Violencia extrema
25. Violación
26. Resabios
27. Huida y encierro
28. Castración
29. Rescate
30. No queremos Olimpiadas
31. La trampa
32. Adulterio exquisito
33. Secreto militar
34. Tlatelolco
35. Llegando a la plaza
36. Bengalas
37. Fuego cruzado

Epílogo

Acerca del autor

Créditos

1. Pase interceptado

La Plaza de la Ciudadela es el escenario donde un grupo de preparatorianos juega tochito. Sobresale Chuchín, un chiquillo delgado y avisado que corre y se ubica para atrapar un pase. Lo observa, animándolo con aspavientos, una chiquilla de minifalda: es Clarita. Cuando Chuchín está a punto de atrapar el balón, surge un grandulón, Abel, que lo intercepta, y otro grandulón, Macario, que lo empella y le cae encima. Estos grandulones forman parte de una numerosa pandilla que ha llegado a la plaza con intención de interrumpir el juego. Se burlan de los preparatorianos, escamoteándoles el balón que va de aquí para allá, y pronto se arma la gresca.

Chuchín, tendido en el suelo y muy dolido del trancazo, sólo ve piernas y pies de estudiantes y pandilleros que se enfrascan en una batalla creciente. Hay momentos en que los rijosos caen cerca de él o lo patean accidentalmente, sin que Chuchín consiga moverse. Se duele del brazo.

VOZ NARRADORA DE AVELINO

El sesenta y ocho comienza en la Ciudadela, cuando las Arañas y los Ciudadelos, pandilleros del Politécnico, se pelean con preparatorianos de la UNAM. El pleito provocó otros pleitos campales que la policía reprimió, y la represión de la policía provocó a su vez protestas y manifestaciones y nuevas represiones por el centro de la ciudad.

Clarita llega hasta Chuchín y lo arrastra dificultosamente para quitarlo de la zona del pleito. Chuchín no se puede levantar. Se duele muchísimo del brazo.

CHUCHÍN

Creo que está roto... cabrones.

Clarita le acaricia el pelo y, sorpresivamente, le da un beso en la boca. Chuchín se sorprende, entusiasmado.

2. Camión en llamas

Sumida entre la ciudad, se alza la imponente fachada de la cárcel de Lecumberri. Dentro de sus pasillos, un celador de aire inocuo conduce un carrito que rechina. Carga dos enormes peroles humeantes. Avanza frente a las celdas enfiladas. Se va deteniendo en cada una de ellas para servir, haciendo sonar antes, con el cucharón, las rejas de las celdas.

Dentro de una de ellas están Avelino y Beto, dos presos estudiantiles. Avelino se encuentra frente a una improvisada mesita. Teclea febrilmente en una máquina portátil, mientras Beto está tendido en una de las literas leyendo un libro del que se alcanza a leer el título: *HERBERT MARCUSE. EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL*. Beto se yerque.

BETO

Pinches filósofos de la destrucción, no se les entiende ni madre.

Beto se levanta y mira hacia Avelino, concentrado en su escritura.

BETO

¿Ya empezaste?

AVELINO

En chinga.

BETO

¿En qué vas?

AVELINO

Apenas en la manifestación del 26 de julio.

Beto va hacia la reja. El carrito de los peroles está llegando hasta su celda.

BETO

Órale, Avelino... el rancho.

El celador empieza a servir dos platos de los peroles. Beto le pasa el primero a Avelino. Luego se hace del suyo.

BETO

Se ve mejor. Ahora trae carnita.

AVELINO

Ha de ser de perro.

Avelino no deja de escribir.

Entre las calles del centro de la ciudad, manifestantes de diversas edades avanzan con pancartas que muestran imágenes de Fidel Castro, del Che Guevara y de Ho Chi Minh. Algunos cantan:

MANIFESTANTES

Fidel, Fidel, qué tiene Fidel... que los americanos no pueden con él.

Otros corean:

MANIFESTANTES

Che Che Che Gue-va-ra... Che Che Che Gue-va-ra...

Otra columna de manifestantes preparatorianos avanza, paralela a la anterior. Van a juntarse en San Juan de Letrán, por Cinco de Mayo o por Madero. Gritan los jóvenes.

ESTUDIANTES

Al Zócalo, al Zócalo, al Zócalo, al Zócalo...

Aparecen camiones de policías granaderos que vienen del Zócalo hacia los manifestantes. Los granaderos la emprenden contra unos y otros, soltando macanazos y lanzando gases lacrimógenos.

Los policías agarran a diversos estudiantes, forcejean con ellos para meterlos en julias, persiguen a los que se escapan. Ante el caos, los manifestantes se dispersan en grupos hacia las calles de Tacuba y Donceles.

VOZ NARRADORA DE AVELINO

La policía fue tan eficiente que en una sola tarde madreó a los politécnicos que protestaban por las agresiones policiacas a los universitarios de las prepas, a los polacos de izquierda que habían ido a celebrar el aniversario de la toma del Cuartel Moncada, y a los lí-

deres del Partido Comunista, al que le traían ganas. Las acciones de la policía lograron lo imposible: la unión Politécnico-Universidad y la unión de los grupos de izquierda.

De vuelta en su celda de Lecumberri, Beto está tomando lo último que queda de la sopa con carne, hasta empinar el plato.

BETO

Se te va a enfriar, Avelino.

Avelino extrae del rodillo de la máquina lo que ha escrito. Contempla la cuartilla.

BETO

¿Todavía tienes un churro?

AVELINO

La bachicha... pero no te la acabes.

Avelino extrae una bachicha de marihuana. Se la da a Beto. Este la enciende y le da una fumada, mientras Avelino se dispone a atacar la sopa.

BETO

¿Tú estuviste desde el principio?

AVELINO

Desde el mero principio... Mira, un granadero me abrió la cabeza de un macanazo. Todavía me queda la cicatriz.

Avelino inclina la cabeza hacia Beto para mostrarle, abriéndose el cabello, la cicatriz que tiene en el centro.

De vuelta en las calles del centro de la ciudad, un camión de línea, con pocos pasajeros, circula y evoluciona en la calle prácticamente vacía, entre estudiantes que alborotan. El chofer va preocupado. Chanita, una mujer gordinflona, no deja de protestar.

CHANITA

Váyase por otro lado, chofer... Mire, mire, ahí hay más... Bola de estudiantes vagos, alborotadores.

Desde las ventanillas del camión se observa cómo un muchacho, Uriel, agarra un par de piedras y las arroja contra el escaparate de una tienda. El vidrio se estrella estruendosamente.

CHANITA

¡Hijos de su mal dormir!... ¡No le digo!

Un grupo de estudiantes se lanza hacia el camión, azuzados por Avelino.

AVELINO

¡El camión! ¡El camión!

Algunos estudiantes impiden al camión avanzar, por más giros que le imprime al volante el chofer. Otros se trepan al vehículo de pasajeros encabezados por Avelino.

AVELINO

Abajo, abajo... ¡Vamos a expropiar el camión!

CHANITA

¡Punta de desgraciados!

Avelino zarandea al chofer mientras otros estudiantes, con palos, apuran a los pasajeros. Estos, junto con el chofer, salen rápidamente del camión hasta dejarlo vacío. También desciende Chanita, pero antes de hacerlo, observa un tubo que se encuentra junto a la entrada. Baja del camión con él.

AVELINO

Apurándose, señora... rapidito.

Todos han descendido ya y algunos se alejan asustados. Desde la banqueta, el chofer y Chanita observan cómo se agrupan los estudiantes para tumbar el camión. No lo consiguen, a pesar de los esfuerzos.

ESTUDIANTES

A la una... a las dos... a las tres...

CHANITA

Es lo único que saben hacer, infelices... Pónganse a estudiar. Pa qué andan aquí fregando los bienes públicos... Punta de vagos, alborotadores... Si fueran mis hijos yo ya los hubiera madreado... No tienen abuela, carajo... Lárquense de aquí.

Durante la taralata de Chanita, Uriel y Cuyo rocían con un bote de gasolina el camión. Le prenden fuego. El

camión empieza a arder, de manera impresionante. Avelino va hacia Chanita.

AVELINO

Hágase a un lado, señora. El pedo no es con ustedes...

Chanita se enardece por el empellón que le propina Avelino y reacciona blandiendo el tubo de fierro que extrajo del camión. Se lanza contra Avelino.

CHANITA

¡Hazte a un lado tú, pinche comunista idiota... vago infeliz!

Chanita le propina un tremendo tubazo en la cabeza a Avelino, que cae al suelo. Los estudiantes están en otra cosa, asustados por los granaderos que llegan a sus espaldas. Van hacia ellos con las macanas.

URIEL Y CUYO

¡Los granaderos! ¡Los granaderos!

Todos echan a correr. Kiko, un estudiante, alza a Avelino, que está sangrando de la cabeza profusamente. Juntos corren en seguimiento de los muchachos que huyen, sorteando el camión incendiado.

CHANITA

¡Agárrenlos, señores policías! ¡Agárrenlos!
¡Son comunistas!

El grupo de estudiantes corre, alejándose del camión en llamas. Avelino va detrás, rezagado y sangrante, pe-

ro corre también lo más rápido que puede.

Llegan hasta San Ildefonso y se meten por la puerta. Varios estudiantes esperan a que entren todos para cerrar la puerta de la preparatoria. El último en entrar es Avelino.

VOZ NARRADORA DE AVELINO

Como la amenaza era tremenda, nos refugiamos en la prepa de San Ildefonso, como quien se mete a un hoyo.

3. Hoyo catorce

Está amaneciendo: el firmamento se abre apenas a la claridad. En un hermoso e inmenso campo de golf se alcanza a distinguir, muy de lejos, la figura de un hombre vestido de golfista, inmóvil en el césped. Es Luis Echeverría, secretario de Gobernación, de cuarenta y seis años.

VOZ NARRADORA DE AVELINO

Después de trabajar durante veintidós años en la administración pública, Luis Echeverría consiguió convertirse en titular de la Secretaría de Gobernación, donde había colaborado durante dieciocho años con Gustavo Díaz Ordaz. Ahora, a sólo dos años de que termine el sexenio, Echeverría vive obsesionado por zancadillear a Martínez Manautou, secretario del presidente, y a Corona del Rosal, regente de la ciudad, para convertirse en el candidato oficial, en el inefable tapado. Lo habrá de conseguir al fin, durante mil novecientos sesenta y nueve, y emprenderá una campaña de matices socialistas. Algunos de sus desplantes provocarán la ira de Díaz Ordaz y estarán a punto de costar a Echeverría la candidatura del PRI.